ma— asistimos a la fiesta de escuchar ese cotidiano dialogar anímico, en un vagabundaje “sin prisa ni pausa” por los nocturnos jardines de la Poesía, que van floreciendo en música de imágenes, en tiempo de soledad, en ritmos de anchurosa hermosura, en reencuentros que se alzan como grandes oleadas de emoción. Este libro —que constituye un acontecimiento en la nueva poesía de América— puede llevar, como los anteriores de la autora, tan severa en la línea armoniosa de su personalidad, el certero epígrafe de Victoria Ocampo: “El poeta tras el bautismo de fuego que cada siglo le reserva, intenta reconstruir el mundo a imagen de una belleza de la que no puede prescindir”.

GASTÓN FIGUEIRA

ALFONSO REYES, *Cortesía*.—México. Editorial Cultura, 1948. 337 pp.

La poesía social —de relaciones de amistad y de cortesía— es de antiquísima prosapia y fué cultivada por muchos de los más grandes talentos de todos los tiempos. En ingeniosas formas poéticas solían darse los parabienes y albricias por cualquier hecho venturoso o expresarse la condolencia en caso contrario. En sutiles y a veces complicadas formas rimadas comunicábanse los hombres —y aun las mujeres— sus ideas y sentimientos, ya cordiales o hirientes, regocijados o tristes. El hombre de letras era entonces más despreocupado y más adicto a estos juegos de la imaginación y del espíritu porque vivía en un mundo menos dramático y complejo en el que los problemas trascendentales de la vida le llegaban resueltos de antemano y la humanidad podía reír de sus propias tonterías.

En nuestra época afanosa y trajinada, materialista y técnica, ruidosa y trágica, esta simpática tradición ha caído en desuso y casi ha desaparecido ya. Lo mismo ha ocurrido con la epistolografía, las tertulias, el arte de la conversación y tantas otras formas amables, refinadas y cultas en que se expresaban antaño las relaciones sociales. Nuestra era es gregaria, escéptica, “sofisticada” y terriblemente seria, a pesar de la “guaranguería”, el estridentismo, la aparente despreocupación y la banalidad con que nos empeñamos en disimular la íntima angustia. La vida actual ha desterrado o poco menos las formas exquisitamente inútiles y

frívolamente bellas dilectas a nuestros abuelos, el hombre contemporáneo es agónico por definición. La democracia, la lucha de clases, la competencia individual y colectiva, el progreso técnico, la superpoblación, los terribles conflictos bélicos, los antagonismos y rivalidades económicas y la amenaza de aniquilación que hoy pesa sobre el mundo, han impuesto al hombre contemporáneo responsabilidades agobiadoras y lo han sumido en una especie de agonía latente que le impide reír. El alma contemporánea está larvada de dramatismo aunque pretenda disfrazarse con la máscara del cinismo y huir de sí misma por la vía del "cock-tail" y de la farándula bullanguera, las formas más comunes que reviste el "escapismo" actual. La presente es una humanidad en trance o en crisis, enfrentada con su propio destino que no acierta a descifrar ni a imprimirle rumbo cierto. Hemos perdido la fe en los pilotos que ayer no más nos marcaban el rumbo, y las brújulas y viejas cartas de navegación que por dos milenios nos guiaron han perdido virtualidad y eficacia. Hoy vamos a la deriva y a ciegas en la tormentosa encrucijada en que nos encontramos, solicitados por polos imantados de signo contrario y opuesto. Los carcomidos postulados que ayer nos parecieron seguras áncoras de salvación, hogaño se nos antojan trastos enmohecidos sin vigencia y sin virtud. En cambio, las novísimas doctrinas con que se pretende reemplazarlos subordinan la inteligencia y el espíritu a un materialismo extremo. Y el hombre de pensamiento que por ciento cincuenta años ha soñado con ser realmente libre, no se resigna a perder su autonomía espiritual ni puede renunciar a su autarquía individual en beneficio de un problemático bienestar económico. De ahí la angustiosa tensión en que el hombre vive hoy.

Por eso resulta tan inusitado —y tan grato— dar con un libro tan extemporáneo, tan al margen de los grandes conflictos actuales como éste que Alfonso Reyes nos ofreció el año pasado. Bajo el muy adecuado título de *Cortesía* ha reunido el sutil ironista mexicano una larga serie de ingeniosos poemas por él escritos o a él dirigidos por unos cuarenta o más escritores y poetas de España, Francia y la América ibera. Los Estados Unidos están representados en esta palestra poética por sólo un nombre — de fina calidad, sin embargo: S. G. Morley. Es un libro, pues, en el que Alfonso Reyes realiza una doble función —activa y pasiva— ya que en él aparece como poeta y a la vez como musa inspiradora.

Esta larga serie de juegos poéticos es trilingüe —español, francés y portugués— y en él figuran muchos de los escritores más ilustres de las tres lenguas citadas en lo que va de siglo. Con varios poemas —algunos hasta ahora inéditos— hacen aquí acto de presencia Amado Nervo, Enrique González Martínez, Paul Morand, Francis de Miomandre, Enrique Díez-Canedo, Eugenio D'Ors, Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña, Juana de Ibarbourou, Baldomero Fernández Moreno, Ricardo Molinari, y muchos otros. Es un testimonio elocuente de la simpatía y el afecto que Reyes despierta en todas las latitudes, así como de la altísima estimación en que en todas partes se le tiene. El volumen podría definirse también como una especie de cartografía poética o itinerario de las rutas transitadas por Alfonso Reyes en tres continentes y en gran número de países.

Muchas son las formas poéticas que en este cordial testimonio se emplean. Si bien predomina el popular romance por ser, acaso, la que más se presta para este género de poesía ocasional, abundan también las humildes décimas —algunas muy bellas— el aristocrático soneto, las modestas sextinas y cuartetos y otras varias combinaciones mayores y menores. Hasta el *hai-kai* y la *jitanjáfora* están aquí dignamente representados. No falta tampoco el aldeano corrido — y a fe que en nada desmerece junto a otras formas más académicas. Tal el muy bello con que Miguel N. Lira le dió la bienvenida a Reyes en el ágape con que los escritores mexicanos celebraron su regreso a México en 1938. Algunos tipos de composiciones añejas, hoy casi desaparecidos, como el acróstico, por ejemplo, compiten aquí con los mejores que se escribieron en los siglos xvi y xvii. También el epigrama hace gala de ironía y sutileza en esta fiesta del ingenio y el buen decir. Diríase que en el libro compiten el buen humor, la camaradería, la gracia y la delicadeza, el espíritu juguetón y de fiesta, pero también la cordialidad, la simpatía, la admiración y la fraterna amistad. De todo ello encontrará el lector abundantes muestras en este insólito volumen.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
University of California
Los Angeles.